



La Hija de
Cortés

No.1

“La Hija de Rocinante”

Número 10 Año: 109 después del nacimiento de Julio Cortázar

Director editorial:

Gustavo Estrada

Subdirector editorial:

Luis Eduardo Escobar

Coordinadora de vinculación e información;

Yuriko Márquez

Consejo dictaminador:

Luis Eduardo Escobar – Sarahí Cortés – Desireé Torres – Yuriko
Márquez – Quetzal Adrián

Corrección de estilo:

María Idnareé – Fátima Velázquez – Iyeraldine Elizalde – Moisés –
Pablo Vázquez

Relaciones públicas:

Yuriko Márquez – María Idnareé – Luis Eduardo Escobar

Director de diseño e ilustración:

Quetzal Adrián López González

Andrea Martínez

Diseñador de tipografía:

Moisés Imanol Reyes Aguilar

Consejo editorial:

Gustavo Estrada – Luis Eduardo Escobar – Yuriko Márquez –
Sarahí Cortés – Desireé Torres – Quetzal Adrián – María Idnareé –
Fátima Velázquez – Pablo Vázquez – Iyeraldine Elizalde – Moisés
Reyes Aguilar – Quetzal Adrián – Andrea Martínez

Índice

Ingenioso Rosín
Escudero de la
Mancha

Dulcinea

En algún lugar...

La última y
nos vamos

Ingenioso Rocín

Príncipe de la conciencia

Jocabel López

“Los sueños son de quien sueña y de nadie más”

Benito Taibo.

En cierto lugar alguna vez soñado; había un valle del tamaño de dos planetas, donde crecían flores de papel, árboles de oro y crepe. El sonido del arroyo que fluía desde el infinito acompañaba al sonido de las hojas en el aire.

Allí, en medio del bosque color ocaso, se encontraba el Gran Palacio de la Conciencia, un bello palacio de porcelana decorado con grandes rubíes en las



Fotografía por Angel Contreras

esquinas y diamantes en las enormes puertas de cada salón, cuyo exterior se encontraba sutilmente decorado con nubes de apariencia esponjosa; reluciendo junto a una enorme cascada que parecía emanar de los cielos y desaparecer ni bien tocaba el suelo. En el cielo siempre habían estrellas, a pesar de que casi siempre era de día, aunque en ocasiones una bella oscuridad adornaba el cielo de este lugar onírico; todo dependía de lo que el soñador sintiera

En el gran palacio de porcelana vivía el Príncipe Olvidable, un muchacho de belleza extraordinaria, cuyas facciones (sin embargo) eran imposibles de recordar al despertar. Era un joven que amaba danzar en el medio del salón principal, acompañado de las nubes y de los colores del cielo; era el mismo que emanaba libertad en todo su ser y demostraba amor siempre que se le diera la oportunidad, pues así fue imaginado por su soñador.

Sin embargo, todo esto solo existía en los sueños de un humano cualquiera, como tú o como yo; que todas las noches antes de acostarse pedía con todas sus fuerzas que el mañana fuera un día mejor para su nada fácil vida que enfrentaba sin descanso.

La primera vez que había soñado con los dominios del Príncipe no había estado pensando en nada más que en la bonita sensación al despertar y sentir que por primera vez en mucho tiempo fue especial para alguien.

Y de igual forma, nuestro Príncipe cayó enamorado de las dulces esperanzas y deseos del pequeño soñador que llegó a sus dominios.

Eventualmente volvió a regresar a este recuerdo alguna vez soñado que lo dejó pensando en la inmensidad de la conciencia, y que esta segunda vez, a diferencia de la primera, había sido más lívida y duradera, pues había tenido tiempo de conocer los dominios de ese maravilloso mundo, acompañando al Príncipe y danzando a su lado en el gran salón del palacio.

La tercera vez conoció las habitaciones del palacio y subió al piso más alto, tocando con sus manos las nubes. En la cuarta ocasión nadó en el lago de las aguas más claras que jamás había visto. Y así siguieron incontables veces en las que nuestro pequeño e inocente soñador seguía visitando este reino en el mundo de los sueños, gozando y festejando su estadía, pues eran las veces en las que genuinamente se sentía especial e infinitamente pleno.

Este sueño era suyo, completamente suyo, y era la única cosa que nadie podía arrebatarse.

Con el paso de los días, los viajes se volvieron cada vez más frecuentes, y los días del joven soñador eran cada vez más radiantes. Todo parecía ir bien. Ambos se hacían compañía. Ambos se amaban.

Tal vez no era el tipo de amor romántico, ni un amor fraternal, pero sin duda era el tipo de amor que va más allá de lo que puede explicarse.

Al menos, hasta que sucedió lo impensable: pues tan rápido como los viajes se hicieron seguidos, así dejaron de serlo en un momento fugaz.

De ese modo transcurrieron días, quizás años, o quizá meses, en el que ninguna noticia se había tenido del buen soñador que hasta ese momento era la única compañía del Príncipe Olvidable, en cuyo extraño rostro se podía percibir la intranquilidad y la tristeza del abandono.

Sin aviso, el soñador un día regresó. Aunque diferente; aún era aquel pequeño que necesitaba compañía y unos brazos en los cuales descansar. No había forma de saber que esta había sido la última vez

que se tuvieron el uno al otro, y que algo como un después ya no era posible para ninguno de los dos.

Ya no más.

Fue una última vez, en algún lugar soñado, vivió un príncipe solitario que todas las noches se sentaba en las escaleras de su enorme palacio a esperar que aquel soñador regresara a revivir el sentido a su hermosa tierra; pues a pesar de la belleza que rodeaba sus enormes territorios, todo carecía de sentido, pues la extrema soledad le había devorado el corazón lentamente.

Cada día vio las estrellas brillar y el cielo resplandecer, con la esperanza de algún día volver a tenerlo a su lado; pues no podía creer que se había ido y nunca jamás había regresado, porque la desilusión llenó su pecho hasta que eventualmente perdió todo lo que le quedaba.

Los años pasaron y nunca nadie regresó al palacio de aquel triste príncipe; y la esperanza desapareció del herido corazón del joven y sus colores se desvanecieron, y al final solo fue cuestión de tiempo para que el Príncipe de la Conciencia desapareciera del universo de los sueños.

El espejo

Lizett Gamboa

Aquella chica caminaba despacio, con temor... Sólo había escuchado historias, rumores de aquel antiguo y solitario lugar.

No podía evitar cuestionarse el por qué estaba allí: ¿por qué había preferido adentrarse a ese nefasto lugar lleno de sufrimiento cuando, en su lugar, podía estar viendo películas en su hogar junto a su amado gato?

De pronto, otro desgarrador alarido provocó un intenso eco en todo el sitio, sacándola de sus pensamientos y regresándola a la vil realidad.

Los latidos de su joven corazón cada vez se aceleraban más, pero ya era muy tarde para volver atrás. Debía continuar. Soltó un suspiro sumamente pesado y continuó avanzando con la poca luz que producía la linterna de su bicicleta para no perderse entre las sombras.

Aquel lugar era mucho más grande de lo que aparentaba. Las desgastadas paredes y los sucios pasillos formaban un complejo laberinto del que temían no salir. Pronto perdió la cuenta de los metros avanzados. Su mente volaba y se perdía al ver todas las reliquias que la rodeaban: relojes de plata, vestidos antiguos llenos de joyas... Sin embargo, al llegar al cuarto final de aquel pasillo, notó que todo se veía diferente. Todo estaba roto, arañado y destrozado, en el suelo...

Miró la escena con atención. Se adentró sin pensar.

Se arrodilló en el suelo con precaución, encontrando ante ella las sobras de lo que un día fué un magnífico espejo de pared;

lo tomó con precaución de no cortarse y observó su reflejo. Su descuidada apariencia le sorprendió tanto para no notar un ligero movimiento a tan sólo unos metros tras de sí.

Por un momento miró la habitación, convenciéndose por completo que el haber entrado ahí había sido una pérdida de tiempo y una terrible idea.

Como un último vistazo de sí misma, estiró su brazo con el trozo de espejo en mano, obteniendo ahora un ángulo mucho más amplio; más, lo que apareció en el reflejo, la dejó atónita... Una gigantesca sonrisa se alzaba a la altura de su cuello, a tan sólo unos cuantos centímetros de distancia.

Deformes, amarillentos y con saliva escurrida, así eran los aterradores colmillos que pretendían acabar con la vida de la joven en ese preciso momento...



Fotografía por Issoosd

La vida normal bajo la mascara

Ana Delgado

No hace mucho tiempo nació una niña tan pequeña que la podían cargar con una mano. Durante su infancia fue cuidada por su abuelita y su tía. Más tarde, su madre dejó su trabajo para dedicarse a sus dos hijos.

En el primer año de primaria no encontró amigas. Tenía entusiasmo por aprender a leer y sus padres estaban orgullosos. En segundo año una niña nueva llegó, se acercó a ella, y se volvieron amigas. Un día, la niña le propuso a su amiga escaparse de su casa, quien dijo «sí». La niña planeó todo, solo un detalle se le pasó: el dinero. Por lo que comenzó a tomar dinero de sus familiares y algunos vecinos. Hasta que su amiga se dio cuenta y avisó. Sus padres y familiares regañaron y castigaron a la niña. No paso más, con el tiempo, aunque no se olvidó lo que hizo, sí se superó.

Por ese tiempo llegó una pequeña criaturita a su vida: un gatito. Era muy tierno y juguetón. Dos años después, un día que la niña no había visto al gatito, se fueron a una fiesta. Al día siguiente llamó al gatito, pero el gatito no contestó. Al día siguiente, volvió a buscarlo y el gatito no apareció. La niña estaba desesperada y triste, tenía fe en que el gatito regresaría. Todos colocaron carteles de “SE BUSCA” en redes sociales, pero el gatito no volvió... El gatito nunca regreso.

Poco tiempo después la niña entro a la secundaria. Las primeras semanas se sentaba, durante su recreo, a comer frente los baños, ella creía que los demás pensarían que esperaba a alguien. Más tarde, la niña

se comenzó a juntar con una amiga, pero la niña la dejó de lado por otra niña. El karma se lo cobró, su nueva amiga la cambió por otra niña. Ella, triste, volvió con su primera amiga de la secundaria, y su amiga la aceptó sin condiciones.

Ese año, una gatita de pelaje blanco con negro llegó a su hogar, era tierna, muy linda y de ojos verdes... Pero era muy enojona. El tiempo siguió avanzando, y antes de que saliera de la secundaria tenía dos hermanos más.

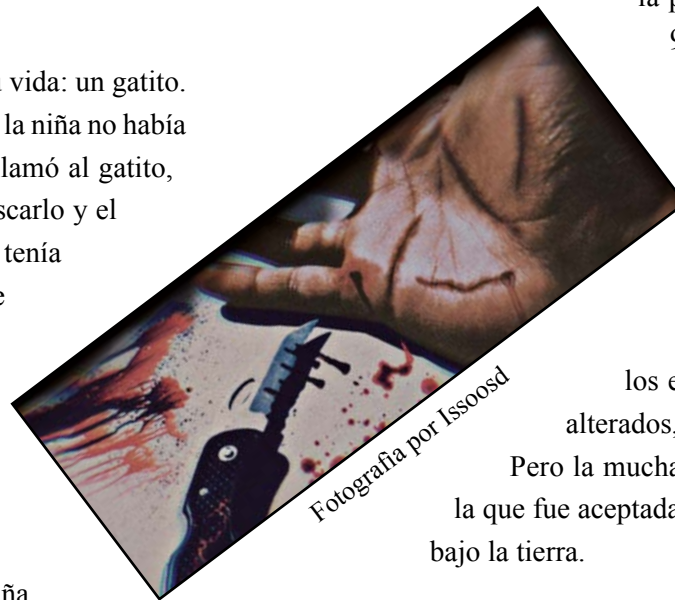
La niña se encargó de cuidar a su segunda hermana algunos días, por algunas horas. Nada fuera de lo común. Con su siguiente hermano fue lo mismo.

Su primer hermano, una vez le preguntó por qué usaba blusas de manga larga, aun con calor, la niña le dijo que no le gustaban sus brazos por sus vellitos.

La niña ya era adolescente, acabó la secundaria y pasó a la preparatoria. Sus calificaciones no eran malas: de 9 a 10. Tenía algunos amigos, e incluso le pidieron ser la novia de alguien. Tras casi acabar la preparatoria, realizó sus exámenes para entrar a la universidad. Sin problemas fue aceptada en varias universidades de su elección. Estaba muy feliz.

El primer día de clases para las universidades, los estudiantes iban y venían emocionados, nerviosos, alterados, con miedo, felices, tristes por su ingreso.

Pero la muchacha, nunca entraría por la puerta de la escuela en la que fue aceptada, porque ese día su cuerpo estaba siendo enterrado bajo la tierra.



Fotografía por Issosd

El faquir

Kevin Yael

La primera vez que lo vio fue dentro del vagón del metro. Esa noche Rogelio regresaba muy tarde del trabajo. Le había tocado el turno vespertino y cuando tomó el ferrocarril en terminal aérea, excepto por una pareja que se besaba apasionadamente, una joven de sudadera negra recargada en la puerta contraria a la de la entrada con los audífonos puestos, un señor de cuerpo ancho y barba larga y canosa que revisaba el celular y un grupo de jóvenes que parecían haber estado de fiesta, el ferrocarril estaba casi vacío. Tomó uno de los asientos del rincón donde está la puerta que une un vagón con el otro y se recargó en el barandal con su cabeza sobre las manos. Se sentía muy cansado. Le dolía la cadera por haber pasado tantas horas sentado atendiendo a todas esas personas que se acercaban para comprar un boleto de avión siempre con un intento de sonrisa en los labios y esforzándose por parecer paciente, a pesar de todo el desorden. Se había sentado más por hábito que por otra cosa, pero tan pronto como la máquina avanzó comenzó a adormilarse.

Al llegar a la siguiente estación el pitido del metro y una extraña sensación que le recorrió la columna poniéndolo inquieto le hicieron abrir los ojos. En el otro extremo del vagón había subido un hombre de no más de 30 años, flaco, con el pelo rasurado, el torso desnudo y una manifiesta suciedad en todo el cuerpo, especialmente en los pies que estaban descalzos. El ambiente se volvió denso de pronto. Los jóvenes, que ebrios reían, de súbito guardaron silencio. Aquel extraño ser como salido de otro mundo todo lo volvió sombrío. Llevaba en la mano una bolsa extraña que más bien parecía un pedazo de tela sucia y que mientras caminaba hasta el centro del vagón producía un sonido similar al de una cadena. Sólo eso se podía oír en el espeso silencio del vagón; los pasos de un condenado arrastrando los grilletes de su pena. Cuando llegó al centro, colocó la tela en el suelo y la extendió. Innumerables pedazos de vidrio que dentro de ella guardaba resplandecieron afilados bajo la

luz blanquecina. Aquel hombre comenzó a caminar y rodar sobre los vidrios diciendo unas palabras que se sentían vacías como una letanía mil veces repetida, pero a la vez amenazantes. Durante uno de esos giros Rogelio pudo ver su espalda; hilos de sangre descendían a través de sus ásperas cicatrices. Se preguntó cómo podían existir personas como esa decadente criatura que dañan su cuerpo tan sólo por unos cuantos mendrugos de compasión. Los otros pasajeros veían o ignoraban al faquir, pero todos reflejaban en su rostro la misma expresión indescriptible, mezcla de terror y disgusto.

Concluido su acto, el sombrío artista paso persona a persona estirando la mano para recibir alguna moneda. Todos le extendían algunos cuantos pesos evitando a toda costa mirarlo a los ojos o tocarlo. A medida que se iba acercando a él recorriendo de extremo a extremo el vagón, Rogelio pudo ver las cicatrices que marcaban todo su cuerpo y unas medallas que colgaban de su cuello con imágenes de san Judas, la santa muerte y una cruz aparentemente de plata. No tuvo el valor de mirarlo a los ojos y con mucho disgusto le arrojó la moneda. El hombre se agachó a recogerla sin expresión alguna, sin enfado. Luego, mirándolo fijamente se acercó más a Rogelio quien al sentir aquella penetrante mirada encogió los hombros y agachó la cabeza cerrando los ojos. Congelado por el miedo, sintió que una fuerza extraña tomaba su mano y extendía su palma cerrada por la tensión. Entonces alzó la mirada y vio los ojos amarillos e impregnados de sangre y el rostro seco y arrugado por la nicotina de aquel hombre acuclillado frente a él que le tomaba la mano y abría su palma cerrada por el temor, para devolverle la moneda y cerrarla de nuevo. Rogelio bajo nuevamente la mirada y contemplo con asco y horror aquellas manos sucias y toscas de yemas ennegrecidas y uñas amarillas que apresaban su puño con una especie de torpe delicadeza. Intentó liberar su mano, pero aquel hombre apretó con mayor fuerza. Impotente, una vez más levantó la mirada hacia aquel ruinoso rostro y quedó más aterrado aún. El hombre sonreía orgulloso y condescendiente dejando ver sus negras encías y su dentadura podrida, mientras soltaba la mano de Rogelio. En ese momento el metro abrió sus puertas. El extraño recogió su tela y salió del vagón con la misma expresión vacía con la que había

realizado todo su acto. En el vagón nadie comentó nada.

Después de aquella noche todo cambió para Rogelio. Dormir le era imposible. Apenas cerraba los ojos, veía aquel rostro deforme y las miles de cicatrices que llenaban todo aquel cuerpo y, cuando lograba conciliar el sueño, las mismas imágenes eran lo que lo despertaban. Sin embargo, lo más extraño sucedió la segunda vez que lo vio. Fue la semana siguiente. Se encontraba en el trabajo, cansado y ojeroso por tantas noches en vela, intentando concentrarse lo más posible, pero una ingente cantidad de personas se habían arremolinado en torno a su mostrador y todas hablaban al mismo tiempo. Comenzó a sentirse mareado. El ruido, las voces, la luz, todo fue perdiendo claridad, pero había algo más. Sentía que alguien lo miraba fijamente desde la distancia. Aturdido giró la cabeza de un lado a otro buscando entre el conglomerado, que cada vez se volvía más borroso, de dónde provenía aquella mirada. Entonces lo descubrió. Era el faquir del vagón que entre la multitud lo observaba fijamente con sus ojos amarillos y enfermos y que tomaba en sus manos un pedazo verde y puntiagudo de vidrio y se cortaba la piel que envuelve la cien mientras sonreía mostrando la profunda oscuridad de sus encías. Cuando Rogelio volvió en sí se hallaba en la enfermería del aeropuerto con un ardor punzante en la cabeza. La doctora le dijo que se había desmayado y al caer se había dañado la cabeza.



Al principio trataba de convencerse de que lo que había visto había sido simplemente producto del insomnio y el estrés, que la causa de la herida era verdaderamente la caída. Comenzó a sentir dolores en su espalda y pies y a sufrir migraña acompañada de mareos que en ocasiones le hacían quedar inconsciente. Con todo eso no dejó de ir a trabajar. Decía que lo necesitaba para estar sano. Desarrolló una extraña obsesión por su trabajo. Pero, luego se dio el tercer encuentro. Esta vez sucedió en su casa. Esa madrugada unos ardores insoportables y una fiebre intensa lo despertaron. Como por instinto corrió hacia la regadera intentando enfriar su cuerpo con un baño frío. Al salir se sintió mejor, pero se miró al espejo y descubrió en su espalda unas protuberancias rojas que cuando las tocaba le ardían. Se aterrorizó. Eran similares a las cicatrices de aquel hombre del metro. En ese momento nuevamente sintió que lo observaban y en una esquina del espejo justo atrás de él se reflejó aquel horrendo rostro con los ojos amarillentos y la sonrisa pútrida. Volteó rápidamente. No halló nada. Sólo un espacio vacío. Regresó aterrorizado a su cuarto explicándose que todo había sido producto del cansancio y tomó una gran cantidad de pastillas para dormir de las que para entonces ya abusaba sin éxito. Al amanecer su cuerpo estaba repleto de esas protuberancias.

Fue al doctor. No enseguida, porque creyó que las ronchas desaparecerían. Creyó que se trataba de una alergia. El doctor no encontró una causa segura. Le dijo que se

trataba de una reacción por el estrés de su trabajo y que era mejor para él descansar. Pero Rogelio no lo hizo. A pesar de lo mal que se sentía no descansaba. No descansó de un trabajo que lo estaba destruyendo, hasta que sus jefes lo obligaron. Unos días después de visitar al doctor le dio un ataque que asustó a los pasajeros y a sus propios jefes. Se convulsionó y rodó por el suelo, musitando palabras ininteligibles, frente a todos. Cuando volvió en sí no sabía que había pasado, pero contó que había sentido un dolor punzante por todo su cuerpo. El gerente le dio el día libre. Ese mismo día sucedió el cuarto y último encuentro.

Iba ya a mitad de camino por Valle Gómez o Misterios. Se había quedado medio dormido. Estaba lo suficientemente despierto como para escuchar que el ferrocarril había cerrado sus puertas y había avanzado, pero un enfrenón le hizo despertar del todo. Abrió los ojos y todo estaba oscuro. Al parecer se había ido la energía del tren. Comenzó a ponerse nervioso y a sentir esa presencia extraña de su acosador. Nuevamente la sensación de que lo observaba recorrió todo su cuerpo turbándolo de miedo. Se repetía mentalmente, que estaba soñando, que se había quedado dormido, que despertara de una maldita vez. Cerraba los ojos con fuerza y giraba violentamente su cabeza de un lado a otro, mientras lo hacía. La sensación desapareció y abrió los ojos. Estaba allí en el pasillo del vagón de frente a él, iluminado apenas lo suficiente para reconocer su horrible torso desnudo y lleno de cicatrices. Jugaba con un vidrio, moviéndolo entre sus manos y sonreía y su sonrisa se hacía cada vez más grande a medida que conducía el vidrio a su cuello y se lo abría. Y aún se volvía más grande mientras la sangre le bañaba todo el cuerpo. Rogelio sintió un inmenso ardor en su garganta se le iba el aire, se ahogaba e intentaba gritar, pero una presión inmensa apresaba su voz. Entonces notó el sonido de cierre de puertas y se precipitó hacia afuera. Apenas logró salir. El tren arranco inmediatamente después. En el vagón las personas parecían no haber notado nada.

Ese día llegó a mi apartamento muy asustado. Quedé muy sorprendida. Éramos amigos desde pequeños, pero hacía mucho que no lo veía. Estaba pálido y muy nervioso. Mientras me contaba esto que le cuento, miraba de un lado para otro como buscando en los rincones la presencia del faquir. Le dije que debía descansar, que su trabajo lo estaba enfermando y le ofrecí quedarse, pero no aceptó y se fue. Mencionó algo de que alguien lo esperaba en su casa. Desde entonces no he vuelto a saber de él. Fue hace como dos semanas. ¿Me dice que se le ha reportado como extraviado?

El Escudero De La Mancha

Escribir es un acto revolucionario

Yuriko Mávrque

Históricamente la mujer en la literatura ha sido relegada a la sombra, al silencio, al olvido, enfrentándose a un pasado borrado. Debido a la cultura patriarcal en la que se generan discursos misóginos que se oponen a que nosotras seamos reconocidas libremente.

Podríamos mencionar a cientos de mujeres que fueron figuras clave de la literatura, pero que simplemente se decidió no hablar de ellas, o también como decía Virginia Woolf “*Durante la mayor parte de la historia, anónimo era una mujer*” pues nos borraron de la historia del arte.

Esto como consecuencia de que a la mujer siempre se le ha relegado al ámbito privado, mientras que al hombre a lo público, dejándonos en la invisibilidad y creando una serie de prejuicios que dificultan el acceso de la mujer a la escritura.

Tan solo si pusiéramos en la balanza cuantos escritores hombres conocemos en comparación de cuantas mujeres escritoras conocemos, queda claro que a pesar de los esfuerzos el problema no queda resuelto. Aún en pleno siglo XXI a las mujeres en la literatura no se les ha hecho justicia, pues no es que no haya escritoras, sino que debido a los prejuicios que existen en nuestra sociedad y al sistema de imposición patriarcal, la visibilidad que se les da es muy poca.

Es por ello que hay que reconocer que el escribir es un acto revolucionario, bajo el principio de que, si el dolor lo convertimos en conocimiento y el conocimiento en acción esto provocará una revolución. No cabe duda que desde hace años la mujer ha plasmado la experiencia desde nuestros cuerpos en la literatura siendo así un producto histórico determinado por luchas sociales y políticas, representando un peligro para el sistema.

Pues para empezar ha roto con los modelos femeninos con los que el patriarcado nos ha representado, ha cuestionado los roles de género, ha contado las violencias que las mujeres vivimos día a día.

Pues la escritura nos ha otorgado poder, para transformar, cuestionar y revolucionar, ahora es entendible porque tal invisibilidad.

Si tú pregunta es ¿por qué escribir? Piensa en que firmar bajo nombre es revolucionario en nombre de las que no firmaron.



Fotografía por Yuriko Márquez

Dulcinea

Aura Boreal

Por: Aura Boreal

PARTE I: MARTIRIO

Sentido perdido esclavo del autosabotaje.

Acunada en el miedo, arrullada con paranoia.

Beso con arsénico, ciclo de tortura.

Ansiedad disfrazada de aprendizaje, solo es miedo.

PARTE II: METAMORFOSIS

Solo quiero ser un mar, mis ojos están a punto ser agua.

Solo quiero ser un volcán, estoy a punto de explotar.

Solo quiero ser una tormenta, un ciclón, un tornado, un tsunami,

Quiero ser natural.

PARTE III:

Voy a fluir como la miel y voy a caminar en la eternidad.

Voy a volar dentro de quien soy.

Voy a tomar un pedazo de tu vida.

Hago arte con los presentes del tiempo.

Bonita

Yamil Axel Anaya

Bonita

Te recuerdo, te extraño cuando no estás.

Cuando no estás extraño tu mirar, tu voz,
tus frondosos labios; extraño tu risa blanca

y la rosa que te di fuera de tiempo.

Extraño tu semblante retraído y misterioso
tu rostro bello, natural y tus mohines.

Extraño tus palabras, tus motivos,

tus amores; te extraño toda.

Pregúntame por qué y te lo dire.

Te extraño por ser mujer, mujer linda y jovial,

motivo de ilusiones a corto o largo plazo,

te extraño por ser bonita.

Decirte bonita no es un cumplido,

es un sentimiento que llena de emoción mi corazón.

Decirte bonita es la palabra que alegra los días que te extraño,

decirte bonita es un caudal de sueños.

Y cómo no voy a extrañarte si me inspira tu recuerdo;

cómo no extrañarte si es poco el tiempo que te miro,

y más poco el tiempo que te llamo,

cómo no voy a extrañarte si te pienso tan bonita.

Mi primer gran amor

Arely Ramos



Foto por
Fernanda Minely Simón Rosas

Aprendí a quererte, a celarte, a apreciarte, a adorarte, a entender e incluso a amarte.

De ti Aprendi que la vida es un mar de amor y de celo.

Por eso yo en este día tan especial de ti me acuerdo, y muy dentro te llevo, eres como una flor, tan hermosa y perfecta, aromática y honesta

Y en cada uno de tus pétalos neectar llevas,

Pará dar amor y enseñar a valorar a los demás.

Pajaro enjaulado

JinJin Hernandez

Pájaro enjaulado
Es aquel que ya no soporta
Que ya no aguanta
Tanto maltrato, tanta agonía
Cómo suponía que soportaría

Aquella vida tan agria
Tan cansada, tan horrible, tan culposa
Llena de rencor, tan dolorosa.

Y por eso escapó,
Emprendió un viaje hasta que paró,
Y encontró aquella felicidad,
Un hogar que le brindo piedad.



Probablemente sentirías lo que siento.

Si te vieras como yo te veo,

Amor y celo.

Ya me cansé

Dafne Yesenia Munive

De tantos besos que me diste me terminé enamorando de tus labios, aquellos que no dejo de mirar cuando hablas de como mi presencia te parece agobiante. Cuando estás conmigo me abrazas como si quisieras que nuestros cuerpos se juntaran para hacerse uno, pero apenas ves pasar a esa persona que te saluda con la mirada y me apartas, cuando lo único que pido es amor.

No entiendo porque lo haces, (ni) conozco razones, pero puedo decir que ya me cansé de no entenderte.

me cansé de que hoy digas que me amas; que soy el amor de tu vida y que a la mañana ni siquiera me mires o digas que no me conoces. Cansada de que me escribas el mensaje más cursi del mundo, pero que al momento de responderte me dejes en visto y el día siguiente digas “olvidé contestar”.

Pareciera que soy uno de tus perfumes que permanece empolvado en el rincón de tu tocador, aquel que eliges solo cuando necesitas atención.

Y yo, un simple mortal olvidado, sigo arrodillado ante ti aun sabiendo que me dejarás en el piso igual a una hoja que cae de un árbol seco, sin vida, sin ganas de amar a nadie más que no sea la persona que me lastima como tú lo haces.

Conocí el placer junto a ti, así como el desprecio; si bien dicen que del amor al odio hay un paso, yo no sé en qué momento lo diste porque no sé si me odias por palabras o me amas por conveniencia, no sé si primero me amaste y luego me odiaste o viceversa, no tengo la menor idea de cómo funcionas conmigo.

Ya no me gustas

Alondra Estrella Mendoza

Después de tanto, después de casi nada realmente ¿me sigues gustando?

Es decir, desde que me fije en ti hasta el día de hoy sigo sintiendo lo mismo,
o es que solo me acostumbre a quererte, me acostumbre a pensar que eras un imposible, a mirarte siempre desde otra perspectiva, me parecías tan alto, tan fuerte, pero y ahora que no te veo, que no te siento cerca de mi cuerpo me pregunto porque te extraño,
acaso solo fue la costumbre, es mas ¿te extraño? Si bien no niego que te pienso, ya no lo lamento, ya no me pone melancólica pensar que hubieras sido tú, me lastimaste sin saber que lo hiciste.
es curioso porque ahora que me cuestionó si me sigues gustando lo único que puedo decir es que no lo sé, es claro que ya no es lo mismo, no involucra que a veces sueña contigo, y las cartas me den señales y sean testigos de un amor que nunca apareció, más no que nunca se sintió, es gracioso, porque por más que quiera admitirlo, por más que quiera decir que te recuerdo con nostalgia no significa que te quiera de vuelta, no significa que aún mi corazón se ande con rodeos, fuiste parte importante de mi vida, mi primer amor diría, no importa si la trato de inventar, si trato que la película de mi mente tenga lugar en la realidad, ya no te quiero, solo te recuerdo, tampoco me asustas , ahora solo sé que ya no me gustas...

Señor

Jordan Ariel Ferrera García

Señor de todos nosotros
¿Porque nos has abandonado?
Señor de cada hombre en la tierra
¿Porque has decidido irte?

Señor de los pobres
los marginados
y de los que en ti ya no creemos

Baja de tu trono
pues aquí estamos tu pueblo
paja de las nubes
y ve lo que no has visto

Nuestro pan de cada día no es tu carne
es el mal
es el miedo
y es la oscuridad

Padre ven que no te siento
ven señor que no te veo
ven que cada día tengo más miedo

Cada día me siento más tentado

Tentado a crear a un dios que me escuche
uno que me ayude
uno que me entienda

Un dios que no sea
sordo, ciego y mudo

Uno que no sea como tú.



Yuriko Márquez

Sin nombre*

Aitziri

La canción que está sonando te la dedico
Pero solo te lo puedo decir con la mirada
Hago lo posible para no entrar en pánico
Un grado más y desaparezco evaporada

Te conocí un poquito y siento que te quiero
Es complicado, solo siento una corazonada
Velozmente el sentimiento me hizo prisionero
Recien te conozco y ya estoy enamorada

En este momento que el mundo se detenga
No quiero que este sueño sea interrumpido
Deseo que el tiempo un poco se entretenga
Para ver si a usted también le atina cupido

Bullying a mi futuro yo

Akito

Posponer y posponer
Estoy cansada de ese ser
Lo repito cada día antes
De beber una jarra de estrés
Pero siempre valdrá la pena
Si puedo ver tu sonrisa plena
No me importa escribir más de cien palabras
Con tal de que sujetes mi mano
Y me digas “te amo”.

Primavera

Fátima Velázquez

Y el sol derritió la nieve del corazón...

Buscamos la felicidad en lo profundo del dolor, de los rayos de luz a la oscuridad infinita, la falsa idea, nos hundimos buscando el destello que viene de lo alto.

Por el gran reflejo a tu mirada, atraviesa el cristal aquel amor que brilla ondulante, cálido, dorado. El enorme recuerdo borrado por los nuevos corazones.

Palabras que expresan cálidos sentimientos, las hojas vuelven verdes y vivas, allegadas a la misma rama con el miedo del ciclo eterno.

Las cuerdas instrumentales en la mejor sinfonía, notas que calman mi apacible corazón y secan mi llanto, la intensidad de nuestra mirada, la sinceridad en las palabras.

Las flores renacen del campo, algunas se hacen paso en las grietas de concreto. Vida.

Jacarandas borran recuerdos del adiós, testigos del gran amor, paciencia, apoyo y paz. El color que lleva todas las nuevas y viejas memorias, corazón morado, amistades dulces con algunos recuerdos salados.

Luna tú sabes cómo las lágrimas secaron y eternos sueños dieron calma a la noche, lleva mi voz, que gracias al viento sea escuchada. Por quien mi corazón ama.

Lotos rojos y lirios azules en el camino, la calma y el recuerdo, somos humanas, el amor que brota entre risas y flores, la valentía de todas, la fidelidad mutua en conjunto con la brisa de las mañanas; la pasión intensa que describe el amor, la alegría, las nuevas memorias.

Fotografía por Mayte Encefente Ramirez



El brillante amarillo del polen, retoños que dan paso a la nueva vida, nuestro nuevo renacer, el verde que da sombra y refresca.
La sangre bombea en el reconfortante silencio.
En el río de pensamientos navegan palabras, ideas, luchas y viejos amores.

Poema escrito en el metro

Jamie Cronk

Puedo irme a donde quiera,
sangren los paisajes del mundo,
las montañas que bordean tus cejas me dicen qué hacer,
impacientan al impar zumbido del alba.

Miro a través del cristal,
al fondo un ajolote,
luego tú,
luego la manía de interpretar el aleteo
de sus branquias.

Luego las piedras que cabalgan acociles,
flameantes como la ruta del silencio,
toscos como la impureza de mi ser.

Hoy hubo nubes,
mañana no sé.
Eres un viaje,
un día-ilusión,
me llaman las gotas que cuelgan de tus ojos
así se ha de ver el mar
o nuestra piel bajo una lupa.

El viento nos derrite,
empieza a soplar,
un reloj de arena se cae,
un mamífero monta nuestra psique.

Estás detrás de las fibras de una rosa,
las células de mi dermis,
en la capa que protege a mis ojos del sol.
Estás al fondo,
no de lejitos,
no de mí.

Quiero ver qué pasa,
que seas la aguja
que cincele
mis pasos,

que seas la gota
que derrame la noche,
la gota que caiga del abismo.
el abismo que caiga a la gota.

No sé después qué suceda,
nuestra casa será cualquier lugar,
te daré mis cuentos y mi novela, mis poemas ya son de ti.



CONVOCATORIA:

“La Hija de Rocinante” invita a lxs escritorxs ceceacherxs con interés en la creación literaria a participar en el fanzine “La Hija de Rocinante” en la cual se publicaran los textos de la comunidad.

Se recibirán los siguientes géneros literarios: Cuento, poesía, ensayo, crónica, crítica de arte y creaciones híbridas.

ENVÍEN SUS COLABORACIONES
AL CORREO:
LAHIJADEROCINANTE@GMAIL.COM

porque gritaron valientes,
los problemas verdaderos,
les fueron a dar la muerte
como tres mil granaderos.


La voy a dar a señores,
una eterna deuda,
pues defendí a los pobres,
yo voy a perder la vida.



de México
Por ellos vengo al llorar,
en éste pueblo del infierno,
que tanto puede aguantar,
a su pdrido gobierno.

534876
ENTRADA
534876
CINEMA
TICKET
ADMIT ONE
ADMIT ONE

ROCINANTE
Año 1. Núm. 1. Abril de 1999 CCH-4



co colaboradores:
Omar Vaca
Ibet Cázares
Ladislao Franco • *En el Ombligo de un Planeta*
Édgar David Mena • *A noche*
Enaida Martínez • *Extasis*
Franco Ghierali • *Visite la última frontera*
Antonio Salas • *Esto eres*
Miguel Ángel Zúñiga • *Viva imagen*
Lorena Martínez
Karla Flores

co colaboradores:
Berenice González Caballero
Ibet Cázares • *Esqueleto*
Ladislao Franco • *La noche de los gallos*
Édgar David Mena • *Palceer*
Horizinas fragmental
Enaida Martínez • *Buscando una forma de morir*
Inasema Restles • *Es normal*
Antonio Salas • *Destino*
Miguel Ángel Zúñiga • *Reflexiones subterráneas*
Edith G. Calderón



La Hija de Rocinante



La Hija de Rocinante